

FLAMENCO

Manuel Gerena:
cantando
a la libertad...
en libro y en disco

A Manuel Gerena cada vez se le están poniendo las cosas más difíciles en este país. El cantaor, en la breve primavera de diciembre, creyó por un momento en las reformas:

—Y si no me autoriza el gobernador, le escribo a Fraga y ya verán...

Los hechos le demostraron que el reformismo no es camino. Como en un fandango antiguo, dejó de mandar papeles a Fraga, que no los sabía leer, y hasta dejó de mandar a su persona a los despachos donde podían gestionarse ciertas autorizaciones. Una mañana de enero, con la Policía a la puerta de su casa, Manuel Gerena descubrió las exactas dimensiones de su situación. Y sigue encontrándolas ahora a cada paso:

—Los muchachos me llaman para que vaya a cantar a la Universidad, a los clubs, en Madrid, en Valladolid, en tós sitios. Me jarto de mandá papeles pá tó y es pa ná...

Y mientras duerme David, su hijo, con las nanas del corto pan que gana, Gerena tiene en el bolsillo el pasaporte. Menos da una piedra. Pero no quiere utilizarlo:

—A mí me gustaría poder cantar en España antes de tener que utilizar el pasaporte. Pero no voy a tener más remedio que utilizarlo.

Sin él quererlo, Gerena va a ser estas vacaciones de Semana Santa el último fandango (¿el último de verdad?) en Portimao. A la vera del Guadiana, el cantaor ha sido incluido en un ciclo "para españoles" que los portugueses organizan en los ritos de las vacaciones en una playa del Algarve. Hasta ahora, estos ciclos de Portimao se construían a base de naranjas mecánicas,

caídas de los dioses y fantasmas de la libertad. Como la libertad sigue siendo el fantasma de "La caída de los dioses" y "La naranja mecánica" vagando por las carteleras, los portugueses le han visto la punta al negocio de llevar a Gerena al lado de la frontera como un antiguo "No-Do", al alcance de todos los españoles que quieran ir a escucharlo allí a Portimao, en el Sur, o en el Norte, en una localidad cercana a Tuy.

Gerena se gana así el corto pan que en otro sitio no le dejan. Pese a sus deseos, irá a cantar a Londres, a Suiza, a Francia. Porque aquí, hoy por hoy, tenemos que conformarnos con escucharlo en disco (1) o con leerlo en libro (2), posibilidades de las que acaba de ofrecernos nuevas pruebas con un título común que es una negación de lo evidente o una evidencia de lo negado: "Cantando a la libertad".

Menos mal que a todo hay que buscarle las vueltas, como hace Gerena. "Yo soy muy ratón, ¿sabes?", me dijo aquella mañana de enero en que la Policía aguardaba en la puerta de su casa. Sí, hay que ser muy ratón y llegar a creer que hay que agradecer al Sistema las prohibiciones a que ha sometido a Gerena. Por esta vía del ratoneo nos hemos encontrado con un espléndido poeta popular en letra impresa, al que ya conocimos en su anterior libro, "Cantes del pueblo para el pueblo". Como el país no cambie pronto, el Gerena poeta le va a ganar por la mano al Gerena cantaor. Porque en estos textos de "Cantando a la libertad" se encuentra ya una intención superior a la coplilla, una mayor incidencia en el hecho literario por parte de ese escritor que el señor Fraga nos está ayudando a descubrir en el cantaor de La Puebla. "Recoge —dice José María Moreno Galván en el prólogo— la inquietud, la desazón y hasta la cólera de su pueblo, lo transforma en canto de acuerdo con la expresión más peculiar de ese mismo pueblo y se lo va cantando poco a poco a todos sus hombres. Se dirá, probablemente con razón, que esos cantos, desgajados de

(1) "Cantando a la libertad". Movieplay S-32770.

(2) "Cantando a la libertad". Akal Editor. Madrid, 1976.



Gerena, con Isidoro Moreno, profesor de Antropología de la Universidad de Sevilla, a quien recientemente se ha negado permiso para visitar China en unión de otros profesionales, expresamente invitados por el Gobierno de esa República Popular.

su voz, tienen un tono demagógico. Sí: quieren tener la voz por y para el 'demos'. Pero, ¿qué otra cosa puede ser lo que no es más que un canto?'

Leyendo "Cantando a la libertad" se encuentra uno con que Gerena se nos está volviendo cada vez más sentencioso, más tercermundistamente martiniferreño. Contra lo que se dice, el hambre es buena consejera, y el corto pan de poder cantar poco está llevando a Gerena a su madurez expresiva:

Soy cantor que no me callo mientras tenga que cantar; si la voz me corta un rayo, me sobra la voluntad.

Y el disco: otra obsesión por la libertad. Ahora, el supremo espectáculo de Gerena: escucharlo en su propia pelea. Porque para mí que Gerena no canta: se pelea con su voz. Es imposible que Manuel Gerena cante,

y, sin embargo, lo hace, contra toda lógica.

El dramatismo de sus cantes nace, pues, más que del texto de las letrillas, de la forma de decirlo. En la voz de Gerena, cada cante es una agonía, una lucha. Cante agónico, pues, desgarrador, de un hombre contra sus facultades y contra quienes oprimen a su pueblo. No cabe duda de que —dentro de estos esquemas— Gerena está cada vez más hecho. Este último disco está incluso muy cuidado de producción, algo que él no valoraba suficientemente antes, con las guitarras de los Habi-chuela. Sigue Manuel en su eclecticismo estético —el mismo, por otra parte, de Mairena, sin que nadie se lo eche, en cambio, en cara a don Antonio—, haciendo unos cantes de síntesis de muchos estilos, buscando la "no man's land" de los palos más olvidados: la rondeña, la alboreá, los cantes de trilla.



Manuel Gerena, con su hijo David, según aparecen en la contraportada del disco "Cantando a la libertad".

¿Hay en esto una determinada intención, en la medida que los palos clásicos (seguriya, soleá) han sido usurpados por los manipuladores del flamenco oficial frente a los defensores del cante real? (quizá sería interesante profundizar algún día en la sociología de los palos del cante, en el sentido de que cantadores de una significación como Menese, Morente, Luis Caballero, etc., van por estos mismos caminos que indicamos en Gerena; parece como si el nuevo cante quisiera dejar soleares y seguriyas para los cantadores de Ayuntamiento, de peñas y de festivales.) ■ ANTONIO BURGOS.



He ido a la Galería Internacional de Arte, que está en la quinta puñeta con respecto al enclave de las otras galerías —a más de veinte duros de taxi, para precisar la verdadera distancia de las cosas—, con el fin de ver la exposición conjunta de dos viejos conocidos míos en el ejercicio de las artes: el escultor Acisclo, gallego —orensano: de la "terra da chispa", por más señas—, y el pintor balear —ibicenco, para seguir precisando— Tur Costa. Acisclo... ¡pero qué astutos son esos gallegos!, seguro que le pusieron ese nombre al chico para que no le pusieran un mote en su madurez... Pues Acisclo vive mucho en Ibiza: es de ese grupo de artistas que realizan en la bella isla balear gran parte de su obra, aunque los gallegos —y hacen muy bien— nunca desertan definitivamente de su tierra. Y con Tur Costa me pasa al revés: le ignoro su patronímico. Pero no importa, a éste tampoco le van a poner otro mote. A los dos —al arte de los dos— los conozco desde hace tiempo. Y me parece que se complementan perfectamente para la bella

exposición que ahora tiene la Internacional.

Tur Costa, pintura, y Acisclo, escultura. Galería Internacional de Arte

Siempre que he tenido ocasión de ver pinturas del ibicenco Tur Costa, he sentido una cierta irritación contra los impalpables dominios de los órganos que secretamente dispensan los prestigios por la falta de atención que se le ha prestado hasta ahora a ese pintor. Evidentemente, una pintura como la de Tur Costa pone de manifiesto una gran madurez. Es una pintura muy hecha. Y se evidencia su madurez no solamente en la realización de sus preferencias, sino, sobre todo, en la organización de sus repulsas. Para llegar a pintar como Tur Costa se han tenido que repudiar muchos fáciles recursos que, sin duda, no estaban en la dirección de esa pintura.

Lo de Tur Costa evidencia una agudísima sensibilidad para el descubrimiento de la potencialidad pictórica de casi todo: un trozo de papel, una cuerda situada de cualquier manera, un mínimo dato de color sabiamente situado... Si tuviera que buscarle antecedentes más o menos escolásticos a esa pintura, yo diría que Tur Costa se sitúa dentro de una escuela del entendimiento de las cosas algo más que catalana: mediterránea. La misma escuela donde, sin duda, estarían Tapiés y Viladecans, pero también Rafols Casamada y Guinovart... Ahora, creo que Tur Costa inaugura un período —no sé si nuevo para mí o nuevo en términos absolutos—, en el que descubre el blanco como color y las lineaciones como indicación formal... Período, creo, que puede ser en él muy fecundo...

La asociación con el escultor Acisclo no sé por qué ha llegado a producirse, pero a mí me parece bastante bien. ¿Me parece

bien por qué?, ¿porque hay una identidad estilística entre ambos? No: yo diría más bien por todo lo contrario: porque no tienen nada que ver ninguno de los dos artistas entre sí. Puede que se complementen, sí, pero porque en el uno hay lo que no hay en absoluto en el otro. Y ya sé que lo que hay en Acisclo que no hay en Tur Costa es que él es escultor, mientras que el otro es pintor, pero la diferenciación va más allá de eso.

Es que Acisclo, por escultor, es un cultivador de la forma limitada y concreta, mientras que en Tur, se presente cada obra como se presente, hay una



Escultura de Acisclo.

indicación de continuidad por lo menos posible, como una posibilidad de proyección hasta el infinito...

La obra —las obras— de Acisclo son limitadas, pero abiertas. Desdennan la volumetría absoluta porque es como si quisieran aparecer abiertas: literalmente abiertas en canal. Pero ahí, en esas aberturas, es donde Acisclo deja ver pequeñas insinuaciones de una volumetría cerrada. Y algo más: indicaciones de una mínima graña lineal, opuesta a la volumetría.

Y es curioso: en ese juego entre insinuaciones de una cierta graña formal y la forma propiamente dicha, que se abre o se cierra, es donde aparece una reminiscencia clasicista. La cual, si se le tiene en cuenta, es la que se reconoce para recono-

Jorge Luis Borges

Otras inquisiciones

LB *604, 120 ptas.

El informe de Brodie

LB 499, 80 ptas.

Obra poética

LB ***420, 200 ptas.

El hacedor

LB 407, 80 ptas.

Historia universal de la infamia

LB 353, 80 ptas.

Historia de la eternidad

LB 338, 80 ptas.

Ficciones

LB *320, 120 ptas.

El Aleph

LB *309, 120 ptas.

Adolfo Bioy Casares

Historias fantásticas

LB ***601, 200 ptas.

Historias de amor

LB **589, 160 ptas.

Diario de la guerra del cerdo

LB 466, 80 ptas.

La invención de Morel

LB 393, 80 ptas.

El libro de bolsillo
Alianza Editorial